

Lorenzo Luengo

El dios de nuestro siglo





Seix Barral Biblioteca Breve

Lorenzo Luengo

El dios de nuestro siglo

© Lorenzo Luengo, 2017
c/o DOSPASSOS Agencia Literaria
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Diseño original de la colección: Josep Bagà Associats

Primera edición: mayo de 2017
ISBN: 978-84-322-3241-1
Depósito legal: B. 7.461-2017
Composición: Gama, S. L.
Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Las noches no se portan nada bien con los vivos. Eso es lo primero que aprendes cuando alguien te cuelga una placa del cuello y te dice que ya puedes salir a patear la calle. Las noches —a menudo lo veo— dejan cuerpos desconocidos en la orilla del día, como cadáveres devueltos por la marea. Aparecen en maleteros de coches, en parques solitarios, en contenedores de basura junto a bolsas ahítas, sombrías esculturas de carne embelesada tendidas como ofrendas a no sabes qué dioses, tendidas entre objetos que mides y descartas, el papel o el andrajo, la monda helicoidal, el condón ovillado en que hierven y bullen todos estos viscosos bosones de vida: el artístico *assemblage* de la muerte violenta. Aparecen vestidos y aparecen desnudos, agrupados a veces en inmensos retablos; y en posturas que revelan su lucha o su rendición a fuerzas inmortales parecen anunciar un mensaje, una advertencia, alguna verdad que perdura cuando el cuerpo ha sido ya expulsado de toda narrativa, y sientes que esa verdad penetra sigilosamente en los hombres y mujeres que los observan al pasar, todavía apegados a sus sueños, fugaces transeúntes que arden quedamente en los primeros sudores del alba. Te miran o no te miran, los muertos de las calles, con los ojos empañados por un astro tardío y la boca torcida en su escéptico mohín. Prestándose sin ganas, como si todo este asunto de la muerte no fuera con ellos, a la ba-

roca atención de sus custodios habituales: los servicios médicos, los forenses, los detectives de Homicidios. Y ahí yacen en su magnífica quietud, enmarcados en tiza, perimetrados por cintas amarillas. Escrupulosamente aislados de la vida que pasa. Bueno, para ellos ya pasó del todo, ¿no es cierto? Lo último que reciben ni siquiera lo notan, la humedad salina del amanecer. El viejo cian de todas las mañanas, que para iluminar el mundo primero ha de remontar el artificio, nuestro ceremonial miedo a la noche, las frías corrientes luminosas donde están representadas cada una de las formas de combatir la oscuridad ideadas por el hombre: los pulsantes neones, la marquesina halógena, la farola junto al tenebroso escaparate, con su teatrillo fantasmal; y también, por supuesto, los azules y rojos de los coches de policía... que combate un tipo distinto de oscuridad. Quizá no sea la mejor manera de explicarlo, pero hasta nosotros lo decimos a menudo: la ciudad está viva. Lo decimos, nada menos, quienes nos encargamos a diario de tomarle el pulso, los que acudimos a retirar de sus arterias los trombos sin vida. Y, la verdad, creo que no exageramos. Existen lugares (aviones en pleno vuelo, las montañas de las afueras) desde donde la ciudad deja ver su antigua forma de neurona prensada, sus largos y elásticos senderos sinápticos que la comunican con otras muchas ciudades, inmersas todas ellas en sus delirios de asfalto y acero. A veces pequeños destellos tras las ventanas refieren sus sueños lúbricos, sus fantasías, su talento para la ternura. Pero los muertos no dejan de aparecer. Congestionan sus nodos, sus redes, sus dendritas, sus axiones. Y la ciudad los teme, los teme porque no puede digerirlos. Porque siguen allí como un recuerdo constante, como una idea fija o una pesadilla recurrente, una célula enferma. Y tiene razón, la ciudad, tiene razón al temerlos.

Las células de su demencia.

Me hice policía por un motivo: aquel día nadie quería ser otra cosa. Policía o bombero. O el general al mando de las armas tácticas y las bombas de racimo en Afganistán, Irak o Pakistán: cualquier sitio donde tuvieras a tiro al cabrón que nos había causado tamaña herida. Porque nos habían hecho un daño inconmensurable, y yo quería hacer un daño inconmensurable, y un bien inconmensurable. Porque el mundo ya no era el mismo lugar de un minuto atrás, un lugar de aturdido embeleso, estirado hasta el límite de sus bordes de hastío tras quince años de historia sin mucho que hacer. Pero la historia volvió a ponerse en marcha, y su agarrotada maquinaria produjo un ruido siniestro: el del metal corrugado a novecientos kilómetros por hora, el de todas esas rugientes toneladas de cemento y asbesto, y también el de su nube armagedónica, royendo la ciudad. El del silbante viento, rasgado por los cuerpos al caer, y todos esos otros cuerpos lanzados a la mente colectiva, precipitados al mito, estallando entre centelleantes vidrios como si también ellos fueran cristal puro, la nube de rubí que todos presenciamos. Cuando vi por televisión la caída de las torres, lo primero que pensé fue que nadie podía haber imaginado algo ni remotamente parecido a aquello. Luego, al cabo de un minuto de reflexión —con los libros abrazados contra el pecho, cuando ya debía encontrarme camino de la facultad—, comprendí que estábamos asistiendo al fin del mundo, y que nadie iba a poder escribir una sola palabra después de aquello. De modo que dejé mis estudios de Literatura Creativa en el segundo curso y casi sin pensarlo me matriculé en Criminología. No fui la única en obrar así. El siglo XXI había sido un parto difícil, y el recién nacido era un verdadero monstruo. Pero, después de sus primeros coletazos, quise creer que aún cabía una posibilidad de convertirlo en algo mejor:

una criatura fea, pongamos por caso, pero de buen corazón. Así que, al igual que muchos otros que vieron las imágenes de aquel horror por televisión, me hice policía. Por patriotismo, por cuidar de los míos, por un sentimiento de gratitud y justicia hacia los chicos de azul que perdieron la vida al intentar rescatar de las torres a los miles de infortunados que terminaron pereciendo en ellas. Por eso de «proteger y servir» que ponía en el lateral del coche patrulla. Sí, por todo eso me hice policía. Y luego me hice detective de Homicidios por otro motivo: resultó que era buena en mi trabajo.

El camino, sin embargo, no fue sencillo. Y no me refiero a la parte práctica, los dos años que pasé en la academia, macerándome en testosterona y que si el jabón de la ducha, que si lo que harás tú con esa porra o si para pistolón el mío, ni a los cuatro encadenando guardias en el distrito central, antes de ocupar el cargo de inspectora de Desapariciones y Secuestros en la sección criminal y dar desde ahí el salto al Departamento de Homicidios. Me refiero a mi familia, y en particular a mi padre. Como abogado de prestigio, con despacho propio en el hemisferio más caro de Los Ángeles y una única hija para mantener vivo su legado, jamás vio con buenos ojos mis pretensiones de ser escritora. ¿Por qué escritora? ¿Y escribir para qué? Bueno, ni yo misma lo sabía. Pero me gustaba esa clase de vida: mirar tras las ventanas los árboles esculpidos por el otoño, al pie de un bonito estanque o de un lago en calma, mientras a golpe de inspiración iba rellenando páginas y páginas de quién sabe qué. (Lo que más tarde, gracias a dos o tres casos sin nada que ver entre sí, descubrí que apenas se asemejaba a la vida de un escritor de verdad: una vida en sótanos y cuartos alquilados, entre facturas sin pagar, pastillas contra la desesperación y sudor nicotinado, y esas monta-

ñas de folios en blanco a los que mirar con ojos despavoridos, como a criaturas crueles. Como a enemigos.) Luego, cuando no tuvo más remedio que aceptarlo, empezó a pensar que tal vez no sería tan mala idea poner en negro sobre blanco la clase de historias que él tan bien conocía: historias de picapleitos metidos en follones con grandes empresas, de asuntos turbios en despachos de los que tienen su propio helipuerto en un rascacielos de Wall Street, de leguleyos sin escrúpulos y políticos corruptos, con su argumentario de delitos desbrozado por un astuto fiscal en el estrado. Al final, la posibilidad de tener una Jane Gris-ham en casa hasta pareció entusiasmarle: y él podría asesorarme con su larga experiencia, con su conocimiento del terreno y todo eso. Pero cuando decidí abandonar también aquello y hacerme nada menos que poli... hacerme, nada menos que poli... mi padre se lo tomó como una nueva traición. A la altura de lo que le costó aceptar que salía con chicos (durante mi último año en el instituto, ni siquiera pronto), que tomaba la píldora, o que los raptos de ansiedad y desánimo que sufría desde los doce años y él calificaba desdeñosamente como «llamadas de atención» eran en realidad la manera en que se iba construyendo un deseo de ponerme al filo de las cosas, por así decir, y saltar por la borda. Nada de lo que hacía estaba bien, y si algo parecía estar bien, yo misma encontraría la forma de hacer que fuera a peor. Nací, en resumidas cuentas, para decepcionarle: era mujer, tomaba mis propias decisiones, y para colmo estaba mal de la cabeza. Si en algo me parecía a mi padre —un irlandés hecho a sí mismo, pero del modo en que se hacen acantilados o montañas— era en que nuestra forma de vida se basaba en el carbono. Y poco más.

Nos hablábamos cada vez con menor frecuencia, y de no haber sido por mi madre, la verdad es que no nos hu-

biéramos hablado en absoluto. Siempre que mi madre me llamaba por teléfono para saber qué tal me iba se oía por ahí su voz —no la atronadora del abogado de éxito, sino la de un jubilado con manías—, y siempre para berrrear lo mismo: «Pregúntale por sus muertos —decía—, pregúntale con cuántos muertos se ha visto este mes».

Y yo, tras un doble suspiro (el mío y el de mi madre), replicaba:

—Pocos muertos, mamá. Dile que pocos muertos.

Hay, sin embargo, habitantes mucho más siniestros de la consciencia urbana. Son los fantasmas. Los fantasmas de los no-muertos.

Miren a su alrededor y podrán verlos. Están en las puertas de las tiendas de barrio, en aeropuertos y paradas de tren, en los paneles informativos de los supermercados y en los cartones de leche, trivial pero eficazmente descritos: 1,60, 1,90, cabello negro o rubio, ojos verdes o camisa a cuadros, con un vago recuerdo a sus medicaciones, sus diversas cicatrices, su constelación de marcas de nacimiento. A veces, no lo niego, volvemos la cabeza y fingimos no haberlos visto. Hasta los polis lo hacemos, y probablemente nosotros con mayor razón que nadie. Porque sabemos qué hacen ahí, y qué pretenden al llamarnos. Porque nos sentimos responsables de su angustia, culpables de que sigan intentando hacerse oír desde el bosque oscuro en el que se encuentran. Y encogemos los hombros y pasamos de largo por un buen motivo: ellos, quienesquiera que sean, ya no son de aquí. No son de ningún lugar que conozcamos. Pertenecen a una región en la que ninguno de nosotros queremos adentrarnos: un agujero negro del mundo ordinario, donde toda partícula de materia (hasta la propia luz) es

torturada. Puede ser un sótano de una casa en las afueras, o un refugio contra huracanes arteramente convertido en mazmorra. Y allí, con laboriosos métodos y extraños instrumentos, forjados en retorcidas cavernas de la psique, uno de esos tipos de habla suave y brazos sin vello, de los que asesinan con regularidad y sueñan con herramientas no inventadas que trituran la carne a expensas de un desconocido dolor, y cuya pesadilla es el recuerdo de la ternura y el amor humano (con su horrendo despertar al borde de las lágrimas), habrá procedido a su deshumanización. Habrá quitado esto y luego lo otro, primero el habla, luego la visión de las cosas corrientes y por último hasta el propio corazón. Y lo que alguna vez encontramos, si es que con un poco de suerte volvemos a encontrarlo, ya no es un hombre, ni una mujer, ni tampoco es un niño... sino algo ajeno, disecado, desconectado. Una especie de muerto en vida, con la mirada a diez palmos de ansiedad y espanto de nuestra antigua forma de amar y conmovernos, nuestra vieja y obsoleta experiencia cotidiana.

Sí, la gente desaparece. Pero a veces no existe un porqué. Lo hay para algunos, los pocos, los desaparecidos voluntarios, los que ya vivían de antemano en un agujero negro y buscaban denodadamente ocupar algún pequeño ámbito de luz; y me pregunto si muchos de ellos no dejaron caer los brazos un buen día para que el agujero negro los devorase para siempre. Pero a veces la gente desaparece, y no hay ningún motivo. Algo se cruzó en su vida y ellos, sencillamente, desaparecieron, sin más.

¿Dónde están? ¿Qué ha sido de ellos?

La ciudad está viva. La ciudad los retiene en alguna parte. Pero nunca dice dónde.

Se diría que sólo hablo de muertos. ¿Pero qué puedo hacer? Soy detective de Homicidios.

Cosas como futuro, cosas como virtud o como anhelo, cosas con las que no te atreves ni a soñar, cuando tienes un trabajo como el mío. Porque la muerte es un camino de ida. Pero para quienes tratamos a diario con sus obras a veces no está mal un poco de esperanza.

La noche del 22 mi turno comenzó con el anuncio de una desaparición: Dave, el hijo de los Mulkern, parecía «haberse esfumado —cito las palabras exactas del detective Lubbock— entre sus propias sábanas». Se había metido en la cama «después de todo un día martilleando latas, montando un cohete en el jardín de un vecino», y una hora después ya no estaba en ella. Once de la noche. Vientos caliginosos, sensación térmica de treinta grados, a una hora escasa de la lenta madrugada. Pregunté a Lubbock si el caso ya había sido asignado y recibí un cauto afirmativo, y luego fui informada del cuándo y a quién. «Puedo vivir con ello», dije, mirando no exactamente a Lubbock sino más allá de Lubbock. «O puede que no», añadí. Lubbock sólo tuvo tiempo de musitar Daniella y rebañar el aire en un vano intento de atrapar mi brazo, mientras yo me precipitaba pasillo adelante y le decía Quédate atrás, o No te metas en esto o algo parecido. El resto ya lo sabes,

capitán. Fui directamente a tu oficina —taconeando con ganas, se podría decir—, abrí la puerta sin llamar, me senté en la única silla libre a pesar de ver ante mí la mano alzada del permiso denegado, y estirando las piernas debajo de la mesa, con las palmas prensadas y sudadas bajo los muslos, dije claramente lo que opinaba.

Dije:

Coover va a cagarla.

Sin levantar la vista de lo que tuvieras entre manos, me pediste que volviera a mi mesa y dijiste que no, que Coover no la iba a cagar.

Yo te dije Oh, sí. Coover la va a cagar. Y tú la vas a cagar con él.

Otra vez.

Me quedé mirándote un buen rato, mientras tú seguías revolviendo en tus papeles como haciendo alarde de lo ocupado que estabas. Después me levanté, abrí la puerta, y con la edulcorada entonación del buen juicio y del sentido común, la voz de la mujer que intuye sabiamente más de lo que un hombre puede ver, dije que Coover ya la había cagado antes, y que era cuestión de tiempo que la volviese a cagar.

Y esta vez, capitán, puede arrastrarte con él.

Y lo volví a decir:

Puede arrastrarte con él.

Bueno, ni así dijiste más. Seguiste con la cabeza metida en tus asuntos como si contigo no fuera la cosa, como quien escucha las protestas de una tía que no quiere quedarse simplemente en un polvo de una noche. Entonces me marché.

¿Y sabes qué, capitán? Mientras me alejaba, pude ver que habías levantado la vista de tus papeles. Que me observabas detenidamente. Y estoy segura de que esta vez no era para mirarme el culo, capitán Cesana.

Para terminar —es un decir— conmigo.

Escribo esto a las tres de la madrugada del 24 de julio, a veintidós grados centígrados, con la ciudad desmantelándose por todas esas millas de actividad y ruido que habíamos conseguido ganarle al desierto. Porque una generación entera se ha quedado sin futuro, y los perfiles conocidos (grúas gigantes, chimeneas gigantes, hangares y fábricas) están desapareciendo poco a poco. También escribo mientras la televisión informa de nuevas algaradas en el centro urbano, en general provocadas por negros y mexicanos. No, doctora Werneck, no es racismo: es lo que hay. Si fueran alemanes, o escandinavos, hablaría de alemanes y escandinavos. El capitán puede dar fe de que me llevo razonablemente bien con todo el espectro de colores humano. Mire, sin ir más lejos, mi apellido: Mendes, de soltera Kershaw, Downer por parte de madre. Otra cosa que mi padre no soportó de mí. Hubiera querido verme casada con un Pennoyer o un Baxendale de toda la vida y acabé con este tizón en nuestra raigambre irlandesa. Y eso que Keith no era ni siquiera hispano. Adoptó el apellido de su padrastro, que por lo visto se comportó mejor con él que el tal Goodbar que le otorgó sus genes.

No voy a decir que no lo comprenda.

Por lo demás, estos son los informes que leerán de mí. Nada de «visita a J. M. 09.00» o «contrastar con Dep. Prbs.». Decimos coloquialmente que «el diablo está en los detalles», y yo parto de la base de que trabajar como detective es luchar contra el Mal. Podría poner un millón de ejemplos de informes escritos aquí mismo, afanosamente compuestos tecla a tecla en un lenguaje aquejado de contracturas, abreviado, sólo un paso evolutivo por encima de los emoticonos, que yacen en el cajón de «no resueltos». ¿Y por qué están en el cajón de «no resueltos»?

Llámenme loca, pero siento que hay una relación entre las palabras y las cosas que va mucho más allá del mero hecho de nombrarlas. Siento que el Mal acecha detrás de las cosas cuyo nombre ignoramos. Siento que hemos puesto un nombre a las cosas no porque temamos vivir entre objetos perdidos por el uso sino porque aspiramos a habitar vastos confines de verdad y belleza. Siento que esta es la razón por la que tememos todo aquello que no se deja ser nombrado. No, señor, un buen detective no debería dejar nada a los diminutivos, a las frases abreviadas, a la contracción del lenguaje. No debería dejar ninguna escapatoria al diablo.

Y yo soy una buena detective.

Así que no esperen eso de mí.

No, señor, no lo haré.

Y ahora, unas palabras sobre el caso Mulkern.

Empezamos por llamarlo así, «el caso del chico de los Mulkern», y esto ha dejado de ser correcto. Porque a las nueve de la mañana del día 23 ya había otros dos niños desaparecidos, así que también es el caso de Latrena Derimonian y Jon Rosario. Pero la familia de Dave Mulkern fue la primera en avisar a la policía —a las diez y doce minutos de la noche del 22 de julio— y Coover le abrió un expediente, que para un poli es como el bautismo para un católico, razón por la cual aquí todos siguen hablando del «caso del chico de los Mulkern» en lugar de referirse a él a la manera en que lo hace todo el mundo, publicitariamente, como si fuese un *best seller*. Porque la prensa se ha metido por medio (gracias también a Coover), y todo el que tiene una tele en casa ha empezado a llamarlo el caso de los niños de Hamelin Hills: el mercader hindú re-

cién llegado a esta tierra, que te vende su fruta magreada a las tres de la mañana mientras se va familiarizando golpe a golpe con el Veda de la gran tragedia americana —los psicópatas urbanos, estos disparos en la noche, todos estos niños muertos—, o el amable camionero que te recuerda vagamente de sus buenas cogorzas pasadas en chirona, o la octogenaria paseante de la aurora que reconoce tus ojeras y alarga vorazmente un brazo hacia ti. Todos ellos te paran por la calle y te preguntan si se sabe algo de esos chicos, los niños de Hamelin Hills. Que es la calle en la que viven dos de ellos, Latrena y Jon. Pasto de las primeras cámaras furtivas, de algún que otro curioso; de sigilosos chavales que actualizan su Instagram fotografiándose frente a estas casitas del dolor, y bienintencionados padres ataviados con sus mejores galas que llaman a la puerta de los pobres Rosario, los pobres Dersimonian, con sonrisas reparadoras y las palmas bien abiertas y extendidas a fin de sostener este símbolo de la compasión que para ellos es —válgame Dios— una tarta. Dave vive un poco más arriba, en el 212 de Joyce Avenue. Tiene doce años, al igual que Jon. Latrena acaba de cumplir once, el 20 de julio, dos días antes de su desaparición. Los padres de Latrena todavía no han retirado las banderolas del jardín trasero, ni las fuentes de caramelos, y en su habitación hay un par de regalos sin abrir, enviados ayer mismo desde Tampa por su abuela materna, Jessamine Fusco (Fusco es el apellido de su segundo marido). Jessamine Fusco tiene setenta y dos años y se enteró de la desaparición de su nieta por la radio, según contó el señor Fusco a la policía de Florida, mientras ambos regresaban a casa desde la sucursal de FedEx en Florida Mining Blvd. al volante de su Buick Riviera del 85. Parece ser que Coover —porque así es el tipo— aprovechó la lla-

mada de Jephthah Dersimonian y Tawsha Rosario para advertirles de que no debían hablar con nadie de lo sucedido, como dando a entender que la vida de sus hijos dependía de eso. Una manera como otra cualquiera, dirán ustedes, de proteger el caso contra las temidas filtraciones, ¿verdad? Bueno, pues resulta que el propio Coover acudió acto seguido a comunicarle el caso a sus amigos en la prensa. Tres niños ricos, desaparecidos en sus camas en medio de la noche sin dejar rastro, como raptados por un ovni. ¿Te puedes guardar algo así? La 970 WFLA fue una de las primeras cadenas en dar la noticia, a las diez de la mañana, mezclando la historia esa del cohete con descripciones exactas de los niños y sus nombres reales, estas han sido las consecuencias: Jessamine Fusco sufrió en pleno informativo un ataque al corazón que le hizo perder el control de su Buick y, tras embestir a dos vehículos que circulaban por el carril opuesto —y no arrollar por poco a una mujer y su hijo de dos años—, chocó de bruces contra un poste del tendido eléctrico. Ahora está en coma en el James A. Haley Veterans' Hospital, con el esternón hundido, el corazón cosido por tres sitios y una ligera pérdida de masa encefálica que, en el poco probable caso de que se recupere, la dejará postrada para los restos en una silla de ruedas. Y no reconocerá a su nieta aunque le pidan que la señale entre un bonsái y un cubo de basura.

Un vegetal, a cambio de evitar filtraciones al lado equivocado de la prensa: dudo que Jessamine Fusco lo hubiese visto como un acuerdo justo.

Coover, además, hizo que se retrasara la activación de la alerta Amber unas treinta horas. Y aquí debo hacer un inciso y dejar bien clara una cosa: todo el mundo piensa que en el caso de una desaparición la poli no mueve un

dedo hasta que se cumplen cuarenta y ocho horas desde el momento en que la familia ha dado la señal de alarma, y eso no es cierto. Forma parte de las cosas que dan por sabidas cien millones de expertos en ficción televisada. Lo cierto es que cuando tiene lugar una desaparición, y en especial la desaparición de un niño, las primeras horas son las más importantes. Puede tratarse de una huida voluntaria, pero también puede tratarse de un secuestro. Vete a saber si no habrá sido el orgulloso padre alcohólico, con su armagedón de gritos y sus cargas contra las puertas, que lleva ya un tiempo jugando con los límites territoriales de su orden de alejamiento. O el cartero granujiento que vuelve la cabeza al paso de una niña, o alguien que simplemente andaba por allí, con todas esas facturas por pagar, la amenaza del desahucio y un vehículo a mano. Si nos dan tiempo suficiente, es posible que encontremos al niño todavía en la ciudad, incluso en el barrio. ¿Recuerdan a JonBenét? Estaba en la maldita bodega. Y durante horas su bien cuidada melena rubia, medio oculta bajo una manta con manchas de semen, fue ignorada por la policía y la familia, pese a tenerla a siete peldaños de distancia. Pero todos se centraron en la carta escrita por su secuestrador, y en la crisis histérica de la madre, y en el desconcertante autocontrol del padre; y se olvidaron de la niña. A veces da la impresión de que lo más importante de un caso queda encubierto por la información adicional, el centrípeto revuelo que producen todos estos polis arrastrando muebles, moviendo cuadros, empolvando ventanas en busca de huellas, toda esa avalancha de realidad herciana sobre un pobre diablo que ha visto un día trastocada su paz. Retozamos —los polis— en corrientes de acción y ruido y a veces hay quien parece olvidar qué fue lo primero que nos trajo hasta

aquí. Digamos un Coover, por ejemplo, que llama a sus amigos de la prensa y se le pasa por alto el pequeño detalle de activar la alerta Amber. Poniéndonos a todos a treinta horas de Dave, Jon y Latrena. Treinta horas más lejos de poder devolverlos a casa.

Quitando la parte de «interés humano», el dolor de una familia y todo eso, se supone que esto no tendría que incumbirme. No era mi caso, y además ayer era mi día libre. Pero soy poli, y lo primero que hice al enterarme de lo que Coover no había hecho —en plena madrugada, centelleando de sudor y rabia—, fue agarrar el coche y lanzarme noche abajo en dirección a la oficina, sorteando aquí y allá las llamas de otro barrio incendiado, haciendo chirriar mandíbulas y ruedas. De la oficina seguí hirviendo hasta el despacho de Cesana. Coover, por suerte para él, no estaba. Hoover, su devoto ayudante, tampoco. Les hablo del jocosos compañero, el clásico trepa sin valía que aguarda eternamente su momento mientras te sirve de lacayo, de agradecida escupidera. Echando humo, ataviada (puede creerlo, doctora) con una camiseta demasiado corta y un pantaloncito de pijama, fui al despacho del capitán y esta vez, me dije, vas a tener que hablar.

Pero eso ya lo esperabas, ¿verdad, capitán? Porque no te costó mucho soltarme el rollo.

Cesana empezó a hablar, de hecho, antes de que me hubiera dado tiempo a abrir la boca. Dijo que sí y que sí, que no hacía falta que viniera a recordárselo, que Coover la había cagado, que yo tenía razón y que había decidido relevarle del caso. De acuerdo. Pero que de ningún modo iba a dármele a mí. A lo cual, naturalmente, siguió el silencio. Uno de esos silencios tensos, vibrantes, llenos de anonadado orgullo herido. Miré a Cesana a los ojos, esperando que él me mirase también, pero no lo hizo. Y en-

tonces, cuando el orgullo herido consiguió rehacerse (un poco), le dije simplemente que por qué no.

Y él dijo algo así como: ¿De verdad tienes que preguntarlo? Dijo que yo ni siquiera tenía que estar en la maldita oficina (y vestida así, ¿pero te has mirado?). Luego bajó la cabeza, bajó los hombros, perdió parte de su compostura. Y dijo: Estoy intentando decirlo con delicadeza, maldita sea.

Dije que no hacía falta hablar con delicadeza. Que me encontraba bien. Y que me encontraría bastante mejor si podía seguir viviendo como lo hacía todo el mundo.

—Maldita sea —añadí. Y luego una sonrisa, toda para él.

Hay sonrisas que cambian la expresión de una cara. Y, capitán, te quedaste paralizado, admítelo. Porque viste que hablaba en serio. Porque me viste con la belleza de la carne y no con la belleza del dolor. Y porque eso te tranquilizó y también te dio miedo.

¿Quién puede sonreír así en estas circunstancias?

Entonces empezó a hablar con los ventrículos. ¿De qué manera llamar, si no, a esa suerte de tunelización del habla que parece provenir de la parte más frágil del corazón? Me recordó —como si hiciera falta— que Keith estaba muerto. Que de eso no hacía aún ni, ¿qué? ¿Tres meses? Y que él podía entender mejor que nadie por lo que estaba pasando, porque cuando su mujer murió estuvo casi un año sin levantar cabeza, y eso después de actuar como si no hubiera pasado nada durante las dos primeras semanas. Porque el dolor no siempre llega de golpe, y tampoco nos permite pensar con claridad.

Pero eres policía, ¿verdad? Y tu deber es pensar con claridad.

—También estoy embarazada —le dije—. De tres meses.

Cesana se me quedó mirando con la boca abierta y parpadeó, dando trémula cuenta de lo que acababa de decirle. Luego buscó el sostén psicológico del borde de la mesa. Apoyó los dedos en ella y después la palma de la mano al completo, oscilando sobre sus rodillas.

Murmuró: Dios mío, Daniella. Y luego otra vez: Dios mío.

Con auténtica lástima, ese Dios mío.

Una versión en clave de poli, me figuro, del gritito de júbilo que lanza tu amiga, esta enrevesada manera de darte la enhorabuena.

Es broma, capitán. Lo del gritito y las enhorabuenas, quiero decir; viniendo de usted, me doy por felicitada. Porque lo otro no es ninguna broma. Estoy embarazada. La doctora Werneck ya lo sabía. Pero ella se debe al juramento hipocrático y usted a otro juramento distinto: al de actuar con justicia, proteger a los inocentes, castigar a los culpables. Cuando valoré mis opciones —y las valoré: todas las mujeres, en algún momento de nuestras vidas, en algún instante desde que un tío de bata blanca o la amiga que empuña la varita mojada con nuestra orina nos dice las palabras mágicas, valoramos, aunque sea por una décima de segundo, nuestras opciones—, ella no hubiera podido siquiera juzgarme, pero usted sí. Es policía, y aunque no hubiera delito, habría un crimen. A su manera de ver las cosas para usted habría un crimen. Y me juzgaría por ello.

Ahora puedo tomármelo con cierta resignación, que no es poco. Pero cuando me enteré me pareció una broma de mal gusto. Un chiste, y de los malos. Una mujer despierta y el médico que la atiende le dice: «Tengo una

noticia buena y otra mala. Su marido ha muerto y usted está embarazada». Y entonces la mujer, todavía boqueando por el mazazo, responde: «Dios mío, doctor, ¿y cuál es la buena noticia?».

Por lo menos a mí nadie tuvo que darme la buena noticia. Esta es la clase de noticia que pocas mujeres van a dejar de saber. Tienes tu náusea matinal, tu nuevo color en las mejillas, tu espléndido lustre en los ojos. Pero sí me dieron la mala noticia. Y la buena noticia —oh Medicina— tenía que consolarme de la mala noticia.

Oh Medicina, sí. Cosas como esperanza, cosas como amor o como humanidad. Me imagino al padre de Latrena Dersimonian colgando el teléfono en el salón de su casa y volviéndose a su esposa para decirle: «Mira por dónde, al parecer ya no tenemos que pensar en cómo explicarle a tu madre que Latrena ha desaparecido...»

Enterrar una mala noticia bajo otra mala noticia.
¿Qué clase de buena noticia es esa?